

Semana de la Familia UCA

FAMILIA: VOCACIÓN Y TAREA

en el marco del año “*Familia Amoris laetitia*” y en preparación al X Encuentro Mundial de Familias: “El amor familiar: vocación y camino de santidad”

Días 28, 29 y 30 de septiembre 2021

Saludo inicial

Gabriella Gambino

Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

Rector Magnífico:

Reverendos Padres:

Estimados Profesores:

Me complace dirigir unas palabras de saludo a los organizadores y a los participantes de la Semana de la Familia de la Pontificia Universidad Católica Argentina, a quienes agradezco no sólo la invitación, sino sobre todo la colaboración y la estima que nos nutren mutuamente.

En el Año de la “*Familia Amoris laetitia*”, el tema que han elegido para este encuentro – “Familia: vocación y tarea” – resuena como una llamada a la misión común que tenemos en la sociedad y en la Iglesia, como fieles laicos, de cuidar la familia y la formación de las nuevas generaciones, a partir de la vocación que cada uno tiene, según sus dones, carismas y estado de vida.

En este momento de inicio del camino sinodal, convocado por el papa Francisco sobre el tema “Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión”, todos tenemos el reto de contribuir con pasión y valor al servicio que la Iglesia presta al mundo. Una de las tareas que les esperan es la de reevangelizar la cultura contemporánea y, en particular, el pensamiento académico, para hacer brillar con las

herramientas de la recta razón el valor insustituible del matrimonio, de los vínculos familiares y de la vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural. Pienso en particular en la urgente necesidad de salvaguardar el valor jurídico de la familia conyugal en las legislaciones nacionales e internacionales, con todas las implicaciones que esa salvaguardia puede tener para las demás ciencias humanas, como la pedagogía, la psicología, la economía y, no menos importante, para nuestra visión del hombre. Este es el mayor reto al que nos enfrentamos en este momento de la historia, dominado por ideologías y formas de pensamiento que, aunque aparentemente orientadas a promover una constelación infinita de “nuevos derechos”, acaban imponiendo un balance de valores, que no siempre es capaz de respetar la dignidad y la vida de cada persona, especialmente si es pequeña y frágil.

Siempre me llama la atención que, en las últimas décadas, en la escena internacional y en relación con las cuestiones relativas a la vida humana y a la familia, se formulen cada vez más peticiones de legislación y se obtengan respuestas legislativas, sin argumentos ni reflexiones sólidas capaces de apoyar racional y objetivamente las decisiones adoptadas a nivel nacional y supranacional. Son cuestiones de gran importancia y de una complejidad ilimitada, que se extienden inmediatamente a la forma en que el hombre moderno ve la sexualidad, el valor de su propia vida, la familia, sus hijos y su forma de relacionarse con el mundo.

Volver a situar a la persona humana en el centro según la antropología cristiana es una prioridad. Como laicos comprometidos con el ámbito público, es importante que mostremos a los jóvenes cómo desarrollar el *pensamiento crítico*, es decir, el pensamiento *laico* según el auténtico significado de este término, vale a decir, el pensamiento marcado por la actitud de quien quiere buscar la verdad objetiva haciendo uso de la recta razón. No sólo la verdad última, sino también la verdad sobre *los medios* que la recta razón debe evaluar y preparar atentamente para realizar, cada vez, el bien humano: como en el caso del derecho y de todas las ciencias humanas, que tienen la tarea de salvaguardar la vida y la familia. Para ello, dejémonos iluminar por lo que santo Tomás de Aquino llamó la *auriga virtutum*: la prudencia, la única capaz de

garantizar la auténtica racionalidad de la acción humana. La prudencia, en efecto, como leemos en el Catecismo (n. 1806), “dispone la razón práctica a discernir [...] nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo”. No sólo eso, sino que nos ayuda a mantener esa coherencia de pensamiento, que a menudo falta hoy en día y que, en cambio, es esencial para salvaguardar la unidad del hombre, espíritu encarnado, en sus acciones en el mundo.

En este sentido, ustedes pueden sembrar preciosas semillas, generar procesos cuyos frutos tal vez nunca vean; pero sin esas semillas, la Iglesia se vería privada de su acción esencial en el mundo.

Espero que estos días de trabajo sean para ustedes un tiempo de colaboración efectiva y de discernimiento académico. No están solos. Sólo con nuestras habilidades y capacidades, que son necesarias, poco podremos hacer. Dejemos que el Espíritu Santo nos haga fecundos para iniciar lo que el papa Francisco ha descrito como necesarios “procesos de regeneración” del pensamiento y de la cultura (*Veritatis gaudium*, 6), conscientes de los retos que tenemos ante nosotros, de las necesidades urgentes de la vida y de la familia, es decir con los pies en la tierra, pero con el corazón firme en Cristo.